

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Yacabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

JUAN.

No importa saber el cómo ni el por qué me hallaba, en cierto pueblo, junto á un pobre enfermo.

Manco del brazo derecho, corroida la mitad de su rostro por un cáncer y llagado en gran parte su cuerpo, inspiraba su presencia un horror áun mas intenso que el hedor dificilmente soporable que despedía.

Daba á entender, á primera vista, que habia entrado en la vejez; mas fijándose en la viveza de su penetrante mirada y en la tersitud de su frente, bien se echaba de ver que rayaba en los 32 años.

Su anciana madre cuidaba de él y ambos ocupaban una pobre vivienda, en cuyo principal departamento nos hallábamos los tres: el enfermo sobre una camatablado apoyada en la pared; á su derecha de pié, como la estátua de la resignacion, la madre, y yo, al lado contrario, sentado

en una silla blanca de anea, dando frente á la cabecera.

Juan nos acababa de anunciar, á su madre y á mí, su próxima muerte; y sin embargo, aquel cuadro imponente por su triste sencillez, carecia en el fondo de la tristeza lúgubre que despiden las almas atribuladas por el pecado.

—¡Pobre Juan!—me atrevi á decirle.—Sufrirá usted mucho, ¿no es verdad?

—Nada de eso—me contestó:—ciertamente que no me faltan dolores, y mas que éstos me incomoda la opresion del pecho; pero no sufro; me acuerdo del voto que hice y... créame usted, siento una alegría tal que llego á olvidar mis dolencias.

—¡Ah! ¿Con qué tiene usted hecho un voto! ¿Y podríamos saber....?

—¡Oh! Sí. La historia es un poco larga; pero ya que se ha presentado la ocasion la referiré. Dios me concederá fuerzas para

recordarla una vez mas en expiacion de mis pecados.

—Advierta — objeté — que no quiero fatigarle con mi curiosidad; y desde luego renunció á satisfacerla.

Mas él, dirigiéndome una dulce mirada, sonriendo me dijo:

—Tranquilícese usted; no hablaré sino hasta donde pueda. Usted me hará la caridad de escuchar.

Y sin mas preámbulos, comenzó su relato en esta ó parecida forma:

«Era yo quinto del 70, y durante la guerra civil me hallaba sirviendo en la division del general X, perteneciendo á una seccion de obreros.

Nos encontrábamos en una poblacion de Navarra. Un dia, terminada la lista de la mañana y antes del toque de fagina, estando en medio de la plaza, nos dice el Capitan:

¡Ahora, listos, á preparar las acémilas para llevar el material al convento de Santo Domingo!

Dieron derecha é izquierda y antes de media hora nos reuniamos otra vez en la plaza con ganado y material.

Marchamos en buena formacion al convento; y allí, como Pedro por su casa, hicimos nuestra entrada triunfal, y descargamos las bestias, parte en lo que habia sido iglesia y parte en un patio del edificio.

Ya podrá usted figurarse que en aquel convento no habia frailes.

Alojado en los cláustros el ga-

nado, se nos señaló una especie de salon muy grande y medio arruinado, que tenia trazas de haber sido capilla, para que hiciéramos las excavaciones preliminares á la colocacion de dos hornos.

Yo era uno de los que trabajaban en esta operacion, y á los pocos golpes me apercibí de que á nuestros piés habia una bóveda.

Por iniciativa del Primero de la Seccion, que dirigia los trabajos, levantamos una gran losa, la cual nos descubrió la entrada de un sótano al parecer perfectamente conservado.

Sorprendidos en los primeros momentos, ninguno hicimos demostracion de querer penetrar por aquel agujero; mas pronto la negra honrilla nos revistió de valor y yo alcancé el privilegio de ser el primero que penetrara bajando por una escalerilla. Tras de mí bajaron otro y otro y no sé cuantos mas.

¡Los hachones! ¡Los hachones! —gritamos casi al mismo tiempo todos los de abajo.—Y al minuto cada uno tuvo su antorcha en la mano, y aquella extraña estancia se vió iluminada con un siniestro resplandor.

Cierto, era un sótano rectangular muy bien conservado de unos seis metros de largo por cuatro de ancho y cuya bóveda se elevaba sobre nuestras cabezas próximamente media vara.

En los costados veíanse algunas cajas de madera carcomida y de figura oblonga, y en medio

una que se distinguía de las demás por sus refuerzos de un amacotado y mohoso herraje, indicando ser precioso lo que contenía.

Esta fue precisamente la que más picó nuestra curiosidad, y decidimos abrirla.

¡Pues no faltaba más! Quien había dado el primer paso bajando hasta el fondo del subterráneo debía dar el segundo enterándose de todo, porque, indudablemente, allí debíamos encontrar algo.

Cualquiera medianamente sereno hubiera conjeturado lo que la caja encerraba, y sin embargo, hubo quien vertió la especie de que aquello era el tesoro de los frailes.

Nos acercamos á ella, rodeándola como si verificásemos una fúnebre ceremonia. Uno de mis compañeros, con el extremo de un picazo, hizo saltar la tapa y... apareció á nuestra vista el tesoro; pero tesoro de huesos cubiertos de una corteza amomiada y revestido con un hábito que nadie supo á qué orden pertenecía.

El chasco fué de primer orden. ¿Quién había de figurarse que allí estuviera el cuerpo de un fraile...?

¡Abajo las cogullas! ¡Mueran los *carcas!*—gritamos como energúmenos delante de aquel inesperado enemigo.

¡Que le fusilen!—dijo uno.

¡Que le degraden!—añadió otro.

¡Fuera con él! ¡Fuera! ¡Fueraaaa...!!! Y todos poseídos de un valor heroico nos echamos sobre aquellos restos.

Yo logré ser el primero que pu-

se en ellos la mano dando un empujón al rostro del difunto; y queriendo ganar la acción á mis compañeros, tiré con fuerza de su brazo derecho para sacar el cuerpo fuera de la caja.

Pero... aquella profanación no debía quedar sin castigo, y Dios quiso que fuera ejemplar; el cuerpo del fraile quedó en el ataúd, y el mío fué á dar violentamente contra el suelo llevando el brazo derecho del muerto en mis manos como un trofeo de gloria.

Esto produjo una algazara indescriptible: fueron las carcajadas tan estrepitosas y tan desentonadas las voces, que se agolpó á la boca de la cueva toda la Sección creyendo que habíamos descubierto el escondite de una partida.

Yo no estaba, sin embargo, del mismo buen humor, no tanto porque fuera el objeto de hilaridad de mis compañeros, cuanto porque sentía cierto dolorcillo en el codo derecho sobre el cual había caído. Abandoné, pues, el brazo conquistado, y levantándome como pude salí de aquella estancia disimulando el pesar que ya hería mi corazón, llevando en mi mente grabada la expresión airada de aquel rostro de ojos cóncavos.

Todavía parece que le estoy viendo.

El Capitán vino entonces en mi ayuda: con una mirada confundió al Sargento, y calificándonos de salvajes nos mandó abandonar inmediatamente aquel sitio.

En otro que se nos señaló vol-

vimos á empezar la excavacion, y todos, guardando silencio, temiamos que el incidente del fraile nos trajera malas consecuencias.

Para mí no pudieron ser peores, físicamente considerado. Mientras duró el trabajo apenas me apercibí de mi contusion; pero llegó la hora del descanso y los dolores que empecé á sentir en el brazo no me dejaron dormir tranquilo.

Aletargado, veía fantasmas horribles que me atormentaban. Tendido estaba mi cadáver sobre una mesa vestida de negro, en parte corrido el rostro y destilando por la boca un líquido repugnante, pero lo que mas horripilaba era que le faltaba el brazo derecho. Y—¡extraña confusion de ideas! —el cadáver aquel, siendo el mio, tenia todo el parecido al que yo habia maltratado.

¡Qué noche tan horrorosa...!

La contusion dió conmigo en el hospital, donde, despues de padecer dolores agudos y lleno de piés á cabeza de no sé qué especie de granos malignos, supe que tendria que sufrir la amputacion de mi brazo.

Yo no tenia consuelo: el terror que me causaba la futura operacion me producía una constante excitacion nerviosa y no se apartaba de mi mente la imágen airada del cuerpo mutilado del fraile.

¡Si al menos la causa de mi desgracia hubiera sido un balazo...! Pero... la cueva, la oscuridad, los hachones, aquella algazara infernal y el cuerpo aquel profanado por mi estúpida osa-

día... todo se presentaba confundido en mi calenturienta imaginacion, produciéndome torturas horribles.

La víspera del dia en que se habia de verificar la operacion, hallándome relativamente tranquilo, se me presentó un Sacerdote. A su vista experimenté un estremecimiento de repulsion; el trato continuo con ciertas gentes habia formado en mi corazon hácia los Ministros de Dios un ódio mezclado de miedo que no sabia explicarme.

Para mí era un cuervo dañino y le volví la espalda. Sin embargo, el buen señor me dirigió algunas exhortaciones, que desprecié.

Ya mi aburrimiento y mi indignacion llegaban á su colmo, viendo que aquel molesto moscardon (así localificaba) no abandonaba mi lecho; cuando acertó á decirme:

—Hijo mio, ¿y te has de perder contra la voluntad de tu madre que estará pidiendo por tí á la Virgen Santísima?

Entonces sentí una fuerte conmocion en mi pecho: tiernísimos recuerdos se agolparon á mi imaginacion; las lágrimas acudieron á mis ojos y llorando como un niño exclamé:

—¡Pobre madre mia...! ¡Virgen Santísima, sálvame...!

Lo que despues sucedió ya se lo puede usted figurar. Aquel rayo de luz divina trasformó mi corazon y antes de las veinticuatro horas, gracias á los cuidados del enviado de Dios, limpié cui-

de

dadosamente mi alma, y con una alegría que jamás había reconocido recibí al Señor en mi pecho. ¡Hacia seis años que no le quería recibir...!

Aquel día era sábado y ofrecí comulgar todos los sábados de mi vida, mientras pudiera, dedicándolos á Nuestra Señora la Virgen María.

Ahí tiene usted mi voto.»

Guardó silencio el enfermo, y al poco rato la presencia de un Sacerdote me hizo advertir que Juan miraba tranquilo cómo su madre y yo estábamos llorando.

Al anochecer de aquel día tuve la honra de acompañar al Santo Viático, que Juan recibió con la unción de los justos.

Era sábado.

PEDRO DEL SOL.

La Virgen del Cármen.

Sed nuestro amparo y consuelo,
Madre de Dios del Carmelo.

(Gozos de la Virgen del Cármen.)

En los azulejos con que se adornan las cocinas, comedores y almacenes, se representaban antiguamente, con muy buen acuerdo, algunas imágenes de Santos, por regla general la del Santo patrono de la casa y la de la Virgen María, madre de todos los cristianos.

Ante estas imágenes las familias rezaban el Santo Rosario todos los días, y el día de su fiesta lo celebraban de una manera especial, adornándolas de modo que aparecieran como colocadas en el centro de un altar, que se iluminaba con mayor ó menor número de luces, y los vecinos

se agregaban á la familia el día de la fiesta para rezar el Santo Rosario, despues se cantaban á coro los gozos del Santo ó Santa que se festejaba, y á veces concluía la fiesta con un sencillo refresco.

¡Qué hermosas eran estas fiestas íntimas, en su misma sencillez, y cuantos recuerdos contenían aquellas imágenes!

Por esto, y no por su mérito artístico, suelen ser tenidas en grande estima.

En la casa de mis abuelos, construída á principios del siglo pasado, existe una de dichas imágenes, que representa á la Santísima Virgen del Cármen, y que algunos hubieran sustituido por otro adorno de mejores condiciones artísticas; pero los que amamos la historia de nuestro hogar la conservamos con mas cariño que si se tratara de una verdadera obra de arte recientemente adquirida, pues eleva nuestro espíritu hasta el hermoso original que representa, y nos recuerda los favores recibidos por su intercesión.

En 1808, cuando la invasión de los franceses: los habitantes de Barcelona, temiendo ser robados por el extranjero, sacaban de sus casas las alhajas y documentos mas preciosos, y los escondían en paraje seguro.

Mi familia ya entonces poseía la casa de campo situada á una hora de Barcelona, y allí mi abuelo paterno llevó las alhajas, los diamantes de mis abuelas y bisabuelas, los títulos de las fincas, y además los de la baronía de Sabassona y los preciosos aderezos de la señora baronesa, con cuya amistad nos honrábamos.

Los franceses mataron al colono y la casa quedó abandonada, hasta que los ingleses vinieron en auxilio de los espa-

ñoses y se apoderaron de nuestra casa de campo, convirtiéndola en verdadero campo de Agramante.

Dios nos libre de amigos como los ingleses que se apoderaron entonces de nuestra quinta.

Cuando concluida la guerra la visitó mi abuelo, encontró poco menos que una ruina.

Los ladrillos de los pavimentos habían sido levantados, los peldaños de piedra de la escalera habían desaparecido, así como las tejas de la cubierta y parte de las vigas de los techos.

Por supuesto, de la cosecha no dejaron ni una gota de vino en la bodega, ni un grano de trigo en el granero.

Al penetrar en la casa, mi abuelo exclamó con amargura:

—¡Todo se ha perdido! y salió al devastado jardín.

En el centro se conservaba en pie un jarro de barro en el cual crecía una pita de colores, de las llamadas *veras*. Mi abuelo cayó de rodillas y dijo:

—¡La Virgen del Carmen nos ha favorecido! Debajo del jarro habían sido escondidos, dentro de cajas de hojadelata, los documentos y alhajas de los barones de Sabassona y los de nuestra casa.

El nuevo colono que acompañaba á mi abuelo tomó entonces un azadon, cavó debajo del jarro, y aparecieron intactas las cajas de hojadelata, tal como las habían dejado, siendo así que los ingleses habían arrancado las cepas de las viñas, los árboles, y hasta las puertas interiores, para alimentar el fuego del hogar en invierno, sin dejar en pie, se puede decir, mas que el tiesto de barro, con la pita casi seca.

Mi abuelo llegó á casa conduciendo su tesoro.

Mandóse recado á los señores barones de Sabassona, que, llenos de zozobra como mis abuelos, temian una noticia muy desagradable.

Abriéronse las cajas en su presencia, y pudieron ver intactos los títulos y alhajas.

—¡Pero quién obró este milagro?— preguntó la baronesa, pregunta que repitió cuando un dia acompañada de mi abuela, quiso visitar nuestra ruinoso casa de campo.

—Tenemos en casa en azulejos una imagen de la Virgen del Carmen, dijo mi abuela, y cuando Francisco, mi esposo, fué á la torre con el objeto de esconder los documentos y alhajas, me postré ante la Virgen y la pedí que nada se perdiera de aquel tesoro, y la Virgen, señora baronesa, ha guardado las riquezas del noble señor y el modesto patrimonio del menestral.

Era una noche terrible: el 25 de Julio de 1835. Una turba soez puso fuego á la casa de Dios. El convento de Trinitarios descalzos ardía y tambien el de San Agustin. Las llamas que salian de ambos edificios se confundian en el espacio: nuestra casa situada entre las dos, quedó intacta, á pesar de que las pavesas que salian de ambos edificios caen en nuestro tejado. La imagen de la Virgen pintada en los azulejos de nuestro almacén libró nuestra casa.

Era en 1852. El héroe de Luchana, el inmortal Espartero, ordenó el bombardeo de Barcelona. Una bala de cañon, que guardo todavía, cayó sobre nuestra casa

y se detuvo milagrosamente en el terrado, mientras que otra que cayó en una casa vecina atravesó desde la cubierta al piso bajo.

Mientras duró el bombardeo, la familia rezaba el Rosario ante la imagen pintada en azulejos de la Virgen del Carmen, y la casa se salvó, y los que allí estaban también.

Lo que fué antes convento de Trinitarios se convirtió en teatro, al que se dió el nombre de Gran teatro Liceo de Isabel II.

Un día ardió y las llamas se cernieron sobre nuestra casa. En breve empezaron á arder los maderos de la azotea.

Los inquilinos sacaron sus muebles.

El Llano de la Boquería parecía un campamento.

De casa nada se sacó.

—Tenemos á la Virgen María, dijo mi excelente madre.

La cubierta del teatro que ardía cayó sofocando el fuego.

Han pasado algunos años. En la calle del Hospital se ha declarado un violento incendio en una casa que tiene una pared medianera con una de las nuestras, dejándola poco menos que reducida á cenizas. En ella pereció, víctima del deber, el jóven D. Juan Klein y Noruega, del Cuerpo de Bomberos. Aunque el fuego penetró en nuestra casa, no quemó mas que las puertas de un balcon interior.

La Virgen María, como siempre, guarda nuestra casa.

Todos los años en el día de hoy se reúnen en el almacén de mi casa la familia, los operarios y algunos de nuestros vecinos. Allí rezamos el santo Rosario ante

la imagen de la Virgen del Carmen, rodeada de flores y ramas de albahaca, é iluminada con las velas que la traen los dependientes en número bastante regular. Despues del santo Rosario cantamos los gozos de la Virgen, ofreciendo un hermoso cuadro el principal y los dependientes, la familia y los vecinos, agrupados al rededor de la imagen de nuestra especial protectora.

¡Quiera el cielo que nuestros descendientes ofrezcan el mismo espectáculo, verdaderamente piadoso, el día 16 de Julio de todos los años!

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

— — —

Caridad, Heroismo y Gratitude.

— — —

Yo habia conocido á Chabert cuando servia á mis órdenes, en la última guerra. Mas ¿qué importan los detalles minuciosos de lo pasado? Baste decir que Chabert, al presente capitán, era un bravo y digno militar.

Un día me refirió su historia á la que dió fin con estas palabras: «Todo lo que he dicho puede reasumirse en pocas palabras: Nosotros éramos pobres y abandonados, algunos religiosos nos han salvado del naufragio. Mientras mi madre y mi hermana encontraban en el claustro una nueva familia; yo era instruido gratuitamente por algunos religiosos, quienes me proporcionaban una posición, me abrian una carrera y me veian bastante afortunado para poder sostener á mi madre y á mi hermana.

»No basta: ¿Se acuerda V. E. de la jornada del 28 de Noviembre de 1870? Nos encontrábamos en el ejército del

Loire. Yo combatía desde la mañana, cuando á las siete de la noche fui herido en el hombro por una bala y un casco de una bomba.

»La oscuridad impidió á mis soldados que me viesen caer: el terreno era cenagoso con motivo de la lluvia y permanecí largo tiempo en un surco lleno de agua. Poco antes de amanecer hirió mis ojos una luz viva. Abriendo mis párpados, vi á un hombre con una linterna en la mano y que se inclinaba para reconocermé. Era un capuchino acompañado de dos jóvenes. «Hermano mio, dijo el religioso, vos estais herido, y yo os sacaré de aquí antes que vuelvan los prusianos.»

»Entregando la linterna á uno de aquellos jóvenes, me cargó sobre sus hombros. Ya empezábamos á distinguir los objetos y vi el suelo cubierto de cadáveres. Oíanse sollozos: las maldiciones se mezclaban con las oraciones, y en aquella multitud ensangrentada, acostada en el lodo, habia estremecimientos siniestros, la agonía de los moribundos, que se agitaba en medio de los muertos.

»Los prusianos, situados á poca distancia, viendo al capuchino con un peso en sus hombros, empezaron á disparar contra nosotros. Al silbido de las balas conocí que fácilmente el religioso podía ser víctima y le dije con débil voz: «Dejadme, padre mio, y evitaredis una muerte cierta.—Soy enviado de Dios, me respondió, y estamos en sus manos.»

»No por esto apresuró el paso; solo dijo á los muchachos que se alejasen corriendo.

»Permanecí largo tiempo en la ambu-

lancia, con frecuencia entre la vida y la muerte. Esta ambulancia era asistida por cuatro capuchinos: en la sala de los convalecientes habia algunas hermanas de San Pablo de Chartres. Esos religiosos y santas mujeres me han salvado la vida. Ellos han dado aviso á mi familia: por su medio he tenido noticias de mi madre y de mi hermana.

»Mi cuerpo lo mismo que mi alma, mi instruccion, mi infancia, mi juventud, mi naturaleza, la existencia de mi anciana madre y de mi jóven hermana, la espada que con orgullo ciño, el honor que he ganado en la batalla, todo lo debo á los religiosos....

»¿Y hoy se tiene el atrevimiento de llamarme para arrojarlos de su morada, para arrancarlos de sus altares?

(General Ambert.)

Coleccion

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Tambien se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.